

LA ORATORIA ESCOLAR (1)

En más de una ocasión he tenido el honor de ocupar esta tribuna, con motivo idéntico al que esta noche nos congrega; y podría parecer presunción el que una vez más venga á dirigiros la palabra, si no supierais todos que los que tomamos parte en estas fiestas de familia no lo hacemos para pretender laureles literarios, sino para dar muestra de afecto á nuestro ilustre Rector. Sin esta circunstancia no me veríais hoy aquí, porque nadie hay menos indicado que yo para el cultivo del noble arte de la oratoria, que despierta en mi alma las más vivas emociones cuando lo veo ejercido por aquellos varones afortunados, que dominan como esclava á la palabra indócil y fugitiva; pero que es arte que contemplo con respetuoso temor y en cuyas aras sólo por obligación ineludible me he atrevido á colocar mis pobres ofrendas. Cuando he oído á los grandes oradores — y á Dios gracias, he tenido la suerte de escuchar á muchos de los más eximios, desde Cánovas y Castelar en España, hasta Carlos Cortés Lee y Miguel Antonio Caro en Colombia— he experimentado un sentimiento extraño, mezcla de admiración y de envidia, al contemplar cómo puede un hombre sólo é inerme, imponerse despóticamente á ese gigante de las cien cabezas llamado el público y desarrollar una corriente eléctrica que partiendo de su cerebro se transmite de eslabón en eslabón, á toda la masa humana, que vibra unánime con los sentimientos del orador, y ya llora, ya ríe, ya se levanta alborotada, ya se contiene y aquieta, siguiendo, sumisa, la superior impulsión. ¿Quién no admira con honda emulación estos triunfos magníficos? Pero ¿quién, si no trajo del Cielo el signo de elección, puede aspirar á ellos? A mí me ha acontecido en esta materia lo que al labriego de las tierras altas, que trasladado á la orilla del mar, tiene, en fuerza de la

(1) Leído en la Velada literaria del 23 de Octubre de 1909.

vecindad, que ensayar el peligroso comercio con las olas; pero no habituado á este género de azáres, limita su ambición á dirigir su barca por las abrigadas regiones costaneras, dejando á los verdaderos marinos el placer de entregarse con pecho intrépido á las caricias del monstruo, y lanzarse en alta mar, allá donde soplan libremente las grandes brisas, poniendo en tensión las velas y estremeciendo las cuerdas con música salvaje. Así, mientras los tribunos desafían las pasiones de la plaza pública, los que no podemos aspirar á esas grandezas, nos contentamos con la tarea, más modesta pero más grata, de hablar aquí en nombre de la amistad y al amparo de la benevolencia.

Este género de oratoria que tiene por teatro el recinto de los claustros escolares, cuenta en nuestra lengua con preclaros modelos, pues escritores de primera nota, que han adquirido fama inmortal en otros campos, no se han desdeñado de consagrar á la juventud oraciones de la más alta elocuencia. ¿Quién superó en integridad moral y en mérito literario á Jovellanos en la España del siglo XVIII? El renovó la alianza de la ingenuidad de corazón y del saber enciclopédico, de que fue tipo Luis Vives en la época del Renacimiento. El sufrió persecuciones por la justicia y conoció la estrechez de las cárceles, como Fray Luis de León, sin que nada doblegase la entereza de su carácter ni alterara la serenidad de su conciencia. El defendió el honor de la Patria en momentos en que la corrupción y venalidad cortesanas la ofrecían como fácil presa para el extranjero. Pues bien, este gran varón solía hablar con afecto de padre á los alumnos de su amado Instituto asturiano. Entre sus más bellas producciones figura aquel discurso sobre las ciencias naturales, que es una meditación sobre los seres criados y sus relaciones con Dios y el hombre. En esa prosa sencilla y transparente, cuyos amplios períodos parecen remansos de aguas purísimas que dejan ver el lecho de oro, traza á grandes rasgos el cuadro de los progresos científicos, que ya entonces eran admirables

y dejaban adivinar las maravillas de que fue testigo la centuria siguiente. Reúne Jovellanos el arte clásico con que Fray Luis de Granada describe las bellezas del mundo físico en el *Símbolo de la fe* y el entusiasmo científico, propio de un contemporáneo de Buffon y de Lavoissier y que nos permite comparar esta oración con producciones del estilo de las célebres *Consideraciones sobre la naturaleza* de Virrey. Profunda debió ser la emoción de los alumnos del Instituto al contemplar al grande hombre, que con acentos verdaderamente paternales los exhortaba á investigar los misterios de la creación, rindiendo á Dios el debido homenaje; á cultivar las artes de la paz; á ejercitar la agricultura, y á trabajar “porque el reino de la razón y de la concordia universal suceda á estos tristes días de confusión y escándalo, que la afligida humanidad mira con tanto horror.”

Parecido espectáculo presenció la Universidad de Chile cuando la inauguró D. Andrés Bello, con el magistral Discurso que es la perla de sus obras en prosa. El ilustre hijo de la gran Colombia había llegado á su segunda Patria enriquecido con todas las preseas del arte y todos los tesoros de la ciencia. Su presencia en Chile equivalió á la inmigración de una colonia de sabios; él, como los grandes fundadores de las civilizaciones antiguas, reunía en sí los atributos del poeta y del legislador, del sabio y del hombre de Estado.

En aquella oración desarrolla el vasto plan de estudios que debía abarcar esa institución, naciente entonces, pero á la cual estaban reservados brillantes destinos, y al hablar de la filosofía, de la ciencia, del arte, su palabra adquiere desusada emoción y llega á lo patético cuando después de recordar los consuelos que proporcionó el saber á algunos de sus grandes é infortunados cultivadores, agrega: “Tales son las recompensas de las letras. Yo mismo, aun siguiendo de tan lejos á sus favorecidos adoradores, he podido participar de sus beneficios y saborearme con

sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida y conservan todavía algunos matices á el alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aún más por mí, me alimentaron en mi larga peregrinación y encañaron mis pasos á este suelo de libertad y de paz, á esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola.” ¿No halláis en estas palabras algo de la sencilla majestad homérica? ¿No parecen dichas por el anciano Néstor, de cuyos labios fluían las palabras más dulces que la miel, sentado al banquete hospitalario de algún monarca de las islas griegas?

Nuestra literatura cuenta con una pieza que con justo orgullo podemos colocar á la altura del Discurso de Bello: la *Oración de estudios*, que pronunció D. Miguel Antonio Caro en el Colegio del Espíritu Santo en 1880. ¿Quién, si lo vio alguna vez, olvidará al Sr. Caro en el Senado de la República, erguido en medio de las tempestades que él mismo desataba, y cuyas ráfagas impetuosas pasaban sobre él sin conmoverlo; fulgurantes los ojos, alta la frente, y extendido, con ademán imperatorio, el brazo con el cual abatía ó levantaba á los otros contendores? Era, en esos momentos, el Sr. Caro un monarca del Parlamento; y por el magisterio con que hablaba, por el dominio que tenía de todos los asuntos, por su maestría como expositor, y aun por sus arranques de altivez recordaba, sin desventaja, á Cánovas del Castillo. Pero antes de que el tribuno se diese á conocer, ya el Sr. Caro había demostrado el poder de su elocuencia en esa oración que figura entre lo más selecto de su inmenso repertorio. En tono grave y severo hace el elogio de las letras, pero enseñando á los jóvenes que ellas no pueden dar de sí frutos perfectos sino cuando van acordes con la virtud. Parece como si al trazar su noble programa, el orador hubiera ido copiando los lineamientos de su propio sér moral. No hay en todo este trozo un solo rasgo retórico: el calor brota de la profundidad de la idea y de la sinceridad del sentimiento. Oíd frases como éstas:

“El saber no es la virtud ni engendra la virtud, ni suple por la virtud.... Cuantos hayan ojeado la historia romana saben que hubo un discípulo de Séneca que fue artista y poeta y erudito, pero no tuvo un corazón animado por la virtud y se llamó Nerón.... ¿Qué valen las purpúreas flores de la poesía cuando con ellas cubrimos y queremos embellecer el vicio? ¿De qué sirven los sonos de la lira destinados á conciliar el sueño á los tiranos? ¿Qué gloria merece el tribuno que inflamando las pasiones populares incita á la multitud á derribar los altares y á trastornar el orden social? ¿Qué respeto ni consideración ha de ganarse el escritor mercenario que falsifica los hechos é insulta la memoria de los que murieron como buenos por su Dios y por su Patria?”

Justo es recordar á dos ilustres literatos y hombres de Estado que hablaron á la juventud desde el solio presidencial. Dividiólos hondamente la política, pero la posteridad bien puede unir sus nombres, porque uno y otro fueron glorias de las letras patrias. Son Santiago Pérez y Rafael Núñez. En los discursos que compusieron para cerrar las tareas de la Universidad Nacional, se puede apreciar sus diferentes géneros de elocuencia. El primero sabe trabajar la frase con tan artístico primor, que las palabras adquieren brillo diamantino y la resonancia musical de una arpa eolia; los períodos densos y cortados del segundo dan reflejos metálicos, y son molde adecuado de aquel pensamiento que, abandonando pronto los floridos campos del arte puro, corre á emboscarse en los áridos problemas sociológicos.

¿Y cómo hablar de cualquier linaje de elocuencia sin poner en primera línea el nombre de nuestro Rector? Vosotros lo habéis visto, ya dirigiendo al claustro sus conferencias escolares, ya en la capilla, predicando sobre temas de dogma y de moral; ya haciendo el panegrico de los bienaventurados; ya trazando el elogio fúnebre de alguna lumbrera de la Iglesia, y en toda ocasión habréis te-

nido que admirar su vasta ciencia; su fuerza razonadora, su profunda piedad, la sólida construcción de sus sermones; la gentil elegancia de su estilo. Pero hace pocos días, en la inauguración de la estatua del fundador, lo vimos por un aspecto nuevo: vimos en él al tribuno de la Patria; al que si su carácter sagrado no se lo impidiera, podría inflamar á las multitudes en la plaza pública; al que al sólo nombre de Patria y Libertad, siente que las palabras se atropellan en su boca, como impulsadas por el huracán, y siente que en sus venas corre acelerada la sangre de Nariño y de Ortega.

¡Ah! no nació para orador el hombre frío é indiferente que calcula, pero no se entrega jamás al entusiasmo, que no siente en la palabra las palpitaciones de la vida, y juzga las cosas por medio de fórmulas abstractas. El alma del orador, á semejanza del mar, debe estar pronta para responder á toda excitación exterior; si sopla una brisa suave, se levantan armoniosamente las olas coronadas de trémulo airón de espumas; si la tempestad se arroja sobre las aguas como para azotarlas, entonces el titán se embra-vece, levanta montañas líquidas de negras entrañas y contesta con rugidos victoriosos al clamor apocalíptico de los vientos que parecen heraldos de la ruina del mundo.

Puede parecer ambiciosa la comparación, tan antigua y siempre nueva, entre el mar y una grande alma. Esto pensaba yo una vez, en que mi afición á buscar en la tierra la huella de los grandes hombres me había conducido á un lejano puerto de Bretaña, San Maló, cuna y sepulcro de Chateaubriand. Las cenizas del cantor de *Atala* reposan bajo una piedra sin nombre, dentro de una verja de hierro, en el islote del Gran Bé, frontero á la ciudad y que á ciertas horas queda casi totalmente sumergido bajo las aguas de la marea ascendente. ¡Qué hermoso es ver allá en el abismo, las olas que, impulsadas por fuerza misteriosa, empiezan á amotinarse y, lanzar sordos aullidos, á modo de espantable jauría, y que poco á poco van escalando

las ásperas rocas del acantilado, y avanzan, y suben, y todo lo invaden, hasta que se detienen respetuosas ante el promontorio que guarda los despojos del poeta, el cual, allí en ese total aislamiento, nos parece más grande.

Y pensé: el hombre que escogió para sí este sepulcro, es digno de que el mar le rinda hasta la eternidad tributo de vasallaje, cantándole su inmensa sinfonía.

Ese hombre, como Orfeo, levantó al són de su lira los templos derribados por el furor revolucionario; golpeó la roca de los corazones que había secado la ironía volterriana, y brotaron torrentes de sentimiento: ese hombre sostuvo con el coloso del siglo un duelo épico entre la pluma y la espada; él paseó por ambos continentes sus incurables melancolías de sanidós desterrado; y trajo al arte un mundo de armonías que no habían escuchado hasta entonces los oídos del hombre. ¡Ah! bien está allí, y no podemos acusarle de póstuma presunción. Soberbia maravilla es el mar, llamado, por su grandeza, espejo de la divinidad; ¿pero qué significa su magnitud material al lado del alma humana, que apellidó Santo Tomás en frase sublime participación de la luz increada?

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

SOBRE LA IMAGINACION

(Composición premiada en el concurso de la clase de Lógica)

La imaginación ó fantasía es, quizá, el más importante de los sentidos internos. Es la facultad en cuya virtud nos representamos—ausentes las cosas—sus imágenes sensibles.

“Sin la imaginación—ha dicho Massias—¿de qué disfrutaría el hombre, supuesto que lo pasado no existe, que lo presente pasa incesantemente de lo venidero á lo pasado y que lo venidero aún no ha sucedido? De lo pasado, de lo presente y de lo futuro, esta ninfa encantadora, haciendo beneficios, crea una realidad ilusoria sobre la cual descansa y se mece dulcemente la dolorida humanidad.”